



ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales de SamSara - *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

LO QUIERO ALTO

JUAN:

Supongo que me comporté como lo que soy, un empresario. Hace 25 años que estoy en el mundo comercial. Pero comprendo que la señorita que me entrevistó en la agencia se desconcertara. Le hice tantas preguntas que se imaginó que era una especie de espía de la competencia o un inspector.

Yo no sabía nada de este mercado y quería escoger la empresa que iba a ofrecerme este servicio siguiendo unos criterios de evaluación, para enterarme de cómo funcionaba una agencia. Hacía las mismas preguntas que hubiera hecho para contratar cualquier otro servicio o realizar una compra. Además, que estoy acostumbrado a hacer preguntas, no me gusta que me conduzcan en las entrevistas, me gusta conducir las yo.

Desde que corté con mi anterior pareja, me pregunté cuál sería mi futuro. Y pensé, bueno, de momento, conocer gente, pero sin un objetivo claro de formar otra familia. Tenía que empezar por conocer gente, pero a mí no me van las discotecas. Miré en el periódico y me fijé en la que tenía más presencia. Estaba en primer lugar y con un mensaje de comunicación, digamos, algo más elevado, y me guié por esos criterios para llamarles. Pero antes de firmar nada quería conocer bien el funcionamiento de la agencia, porque si no, eres un sujeto pasivo, sin elementos para decidir.

ALICIA:

En una capital supongo que esto se ve como algo más normal. Pero en un pueblo como el mío ya no lo es tanto, la prueba es que no las hay, no hay agencias matrimoniales. Yo pienso que el criterio que tiene la gente de allá es otro, como si a un lugar así fueras a buscar una especie de lío, y no una pareja estable. Son muy mal pensados. Al menos eso es lo que veo por lo que les oigo decir. Y eso que intento callar la boca cuando hablan del tema. Pero nada, acabo hablando, y siempre digo: “No, si yo tengo entendido que eso es una cosa muy seria...” Entonces todos me replican, y es cuando callo para que no sospechen nada.

JUAN:

Un negocio como éste vende credibilidad, y si no puedes comparar no sabes si será bueno o no. Además, por lo que Alicia comentaba, tampoco puedes contar con la experiencia de los demás. Porque si quieres ir a un gimnasio, seguro que la gente te comenta si este o aquel es bueno, pero en tu entorno este es un tema muy reservado. Nadie cuenta que ha ido a una agencia y explica sus experiencias.

ALICIA:

Claro, yo tampoco he dicho nada a nadie. Todo el mundo me preguntaba: “¿Cómo le has conocido?” Solté una bola el primer día y ha ido creciendo, cada vez era más gorda. No sabía cómo detenerla.

JUAN:

Que me había puesto malo y fui al hospital.

ALICIA:

Sí, la primera en preguntarme fue una amiga mía que también trabaja en el hospital. Porque ya lo he comentado, que no es lo mismo en Barcelona o cualquier otra capital que en un pueblo, donde todo el mundo conoce la vida que llevas. Todos mis amigos saben que yo me muevo del trabajo a casa, de casa a llevar a la pequeña al cole o al taller de teatro, porque mi otro hijo ya es mayor, o a comprar, me muevo siempre en el mismo círculo. Y si salía era con mis amigos, que gracias a Dios tengo muchos y muy buenos, han estado a mi lado en todos estos momentos tan difíciles. Pero claro, al pasar eso saben perfectamente cómo es mi vida. No podía decir que había salido una noche y había conocido a Juan, no, ellos saben que eso no podía ocurrir. Y cuando me encontré de repente ante la pregunta de mi amiga, me quedé helada, yo no había pensado en ello, no me lo esperaba. Estaba concentrada en lo nuestro, en lo que me había pasado, todo había ido muy rápido y eran muchos cambios. Y cuando me suelta: “¿Y dónde le has conocido?”, lo primero que me vino a la mente fue: “En el hospital”. Porque pensé en un lugar donde ellos no me pudieran controlar y donde entraba y salía gente sin parar. Y ella:

—¿En el hospital? ¿Es médico?

Y digo:

—No, si es de Barcelona.

Y a partir de ahí comenzó a crecer la bola, porque ella me decía:

—Pero ¿cómo? Si estás en esterilización.

Y yo:

—El día aquel de las lluvias fuertes, que hubo tantos accidentes y me pidieron que fuera a urgencias, ¿no te acuerdas?

Tenía que contar algo, porque esterilización es un recinto cerrado, donde no entran pacientes ni nadie.

Yo solo he estado un par de veces en urgencias. No me gusta. Soy una mujer fuerte, y si pasa algo en mi planta, lo puedo controlar. Pero en urgencias aquellas dos puertas blancas se abren y nunca sabes lo que va a entrar, y sobre todo la reacción de los familiares, llorando, chillando... Mira, es algo que me espanta, para eso no soy fuerte. Estoy en las operaciones, y si se muere alguien en la planta lo controlo, pero eso no. Y con aquellas lluvias de otoño, urgencias estaba colapsado. Nos hicieron bajar a una de cada planta. A mí me tocó y me sirvió como excusa. Nunca cuento trolas, pero, por lo visto, cuando las cuento lo hago muy bien, porque todos se la han tragado. Y continué explicando:

—Él estaba de viaje, se encontró mal y vino a urgencias.

—Pero si tú no estás en urgencias.

—¿Pues no te he dicho que fue el día de las lluvias?

—Ah, sí, es verdad, que fue por eso. Pero al final qué tenía.

—No, no tenía nada, fue solo un susto.

Cuando estás allí, el médico te manda hacer la analítica, el electro, lo que haga falta, y también te envía en busca del familiar que esté esperando para informarle. Así que continué con mi historia:

—Yo le dije que si quería que llamara a alguien, a su mujer, si le estaba esperando fuera. Y él me dijo que no, que era separado. Y, como ya sabes tú que hablo mucho, le contesté: “Ay, no te preocupes, que yo también soy separada”. Y así empezamos.

Al final corrió la noticia de que yo había encontrado un novio en el hospital. Que vayas a una agencia matrimonial no tiene nada de malo, pero allí en un pueblo todo lo ven de una manera enrevesada, como si fueras una desesperada que necesita un hombre.

JUAN:

Ni nuestros padres lo saben. Porque, aquí en Barcelona no pasa tanto, pero en su pueblo sería imposible esconderlo.

ALICIA:

Por eso tenía claro que antes de conocer físicamente a un hombre, me tenía que gustar por teléfono. Yo no fui tan meticulosa como Juan para buscar la agencia.

Además, hacía más de dos años que me había separado y tenía muy claro que quería una pareja, no se trataba solo de conocer gente. Él se acababa de separar y aún no tenía resueltos algunos asuntos del convenio. Buf, menudo susto cuando lo supe.

JUAN:

Estaba en una pensión y buscando piso, aunque yo me sentía en una situación estable, pero comprendo que se asustara.

ALICIA:

¡Hombre, ya me dirás! ¡Con toda la razón del mundo! Es que no había separación legal ni nada.

JUAN:

Aunque lo parezca, mi separación no se produjo de golpe, fue el producto de un desgaste de muchos años. Pero arreglé enseguida la situación legal, que ya estaba en período de trámites. Por eso no me planteaba un futuro a largo plazo. Sin embargo, ya ves, a las dos semanas de apuntarme en la agencia, cogí el coche y, ¡hala!, cien kilómetros, hasta su pueblo. Estos de la agencia me dejaron alucinado. Total, que nos hemos contratado el País 30 de Telefónica.

ALICIA:

Ay, sí. 30 y 30.

JUAN:

Sí, primero llama uno y luego el otro. Pero, de todos modos, siempre nos pasamos de los 60 minutos diarios.

ALICIA:

Estuvimos hablando por teléfono durante una semana antes de conocernos, porque ya avisé a la agencia de que en mi pueblo no podían verme con un hombre, después con otro, y otro. No, si a mí me gustaba por teléfono, entonces me desplazaría a Barcelona o podría venir al pueblo. Yo siempre he tenido muy buena reputación, y si me iban a ver cada día con uno diferente, imagina lo que habrían pensado. Esto no deja de ser un pueblo, por muy grande que sea.

No sé si te lo conté, pero yo contacté con la agencia porque llegó un punto en el que... Vamos, antes sí que pensaba en que tenía que encontrar una pareja, pero estaba tan agobiada con los problemas que tenía con mi ex, que no me dejaba tranquila, llamándome cada día, sin querer admitir que se había acabado, sin desprenderse de mí, cada noche presentándose en la puerta de mi casa, diciéndome que aunque pasen diez años ya vería cómo volvería con él. Y yo:

—Yo, de qué voy a volver contigo. Si me ha costado 20 años desprenderme de ti, ¿ahora tengo que volver? De qué.

Y eso que dejé que se quedara con todo. Salí de aquella casa, de mi casa, con mis hijos y lo que llevaba puesto. Ya me dirás, con todo esto no estaba para formar otra pareja.

Pero con el tiempo empecé a salir con otros matrimonios, que habían sido amigos nuestros y que se pusieron de mi lado desde el primer momento, llevábamos a los niños cuando tocaba y ese tipo de cosas, pero cuando llegaba una cena y un baile me espantaba. Ese momento en el que, claro, cada uno se iba a bailar con su pareja, como es lógico, y yo quería esconderme bajo la mesa, y me preguntaba: bueno, ¿y toda mi vida tiene que ser así a partir de ahora? Además, ¿yo que he hecho para merecérmelo, encima de todo lo que he aguantado? Y me dije: pues no. Yo necesito rehacer mi vida y tirar adelante. Sabía, porque me lo había demostrado a mí misma, que era capaz de salir de aquello yo sola, aunque mi ex nunca lo creyó. Pero entendía que tenía derecho a más. Y cuando se acercaban las navidades, sólo de pensar que tenía que pasar otras fiestas así, me ponía mala. Era demasiado duro, había pasado tres navidades horribles, y en ese mes de diciembre, cuando llamé a la agencia, fue un acto de un día para el otro. Yo me dije: “Estas navidades tienes que estar con alguien, sea como sea”. Y pensé, bueno, pero dónde. Llamé a información y dije:

—Oiga, deme el número de una agencia matrimonial de Barcelona.

Aunque quedaba lejos y temía que ninguno quisiera venir hasta aquí, me arriesgué, y llegué a esta por chiripa, porque podrían haberme dado cualquiera. Supongo que fue la primera que salió en el ordenador. Llamé a la agencia y le dije a la chica que me atendió:

—Mira, lo quiero alto.

Con eso tenía una obsesión, porque yo soy alta y el otro no es que fuera más bajo que yo, pero casi no me podía poner tacón. Por eso pensé, de entrada, escojo y pido lo que quiero, que después siempre estoy a tiempo de ceder y rebajar.

JUAN:

Y ahora me pregunto si solo le importaba que midiera un metro ochenta y cinco o se fijó también en otras cualidades.

ALICIA:

Es que Eva me dio cuatro fichas y yo siempre le preguntaba:

—¿Cuánto miden?

¡Claro! Porque yo mido un metro setenta y dos, y era difícil encontrar un hombre de mi altura. Entre los jóvenes de ahora no, pero con nuestra edad no era nada fácil.

JUAN:

Si te fijas en las páginas de contactos, en los periódicos, por ejemplo, es curioso que siempre se piden que sea alto. Después vendrá lo de buena persona, a quien le guste leer o la música o lo que sea, pero lo de la altura es una constante. Y la media entre gente mayor de 40 años es de un metro setenta. Pero por unos centímetros más o menos, puede que no estés escogiendo a la persona más valiosa. Porque quizá, en

comparación con otros, lo único que tiene ese hombre es su altura, y pierdes la oportunidad de conocer a alguien con cualidades superiores.

ALICIA:

Sí, en la agencia nos hablaron de eso una vez, pero yo no llegaba a esos extremos. Estaba dispuesta a ir cediendo en caso de que no hubiera hombres más altos que yo. Y, por supuesto, prefiero uno que sea bajo a un hombre alto sin los valores como persona que para mí son importantes.

JUAN:

Hay gente para todo. Antes de conocer a Alicia tuve una cita con una señora que duró un par de minutos. Quedamos por el centro de Barcelona, llegó tarde, toda vestida de rojo, con un abrigo de pieles, muy arreglada, y nada más aparecer me dijo:

—Ay, lo siento por llegar un poco tarde, pero, además, me tengo que marchar. Mi hijo ha tenido un accidente, se le ha roto el pie y tengo que irme.

Pensé, pues vaya, no se espera ni a ver cómo hablo.

ALICIA:

Hombre, es verdad que puede haber mucha diferencia entre lo que tú imaginas cuando hablas por teléfono y lo que después te encuentras. Pero no sé dónde está el problema en tomarte un café con la persona y ser educada.

JUAN:

También encuentras gente con la que puedes establecer una buena amistad, pero falta la química para que suceda algo más. De todas formas, no deja de ser agradable. Y lo que nunca imaginé es que pudiera nacer este tipo de sentimientos tan especiales hablando por teléfono.

ALICIA:

Pero no te pienses, que a mí no me dijeron cómo era él, no sabía que llevaba barba. Y yo no estaba acostumbrada a la barba, porque ningún hombre de mi familia la había llevado nunca, por eso no se me había pasado por la cabeza que él la tuviera. Nos pusimos a hablar de cómo era cada uno y me dijo:

—Llevo barba.

Y yo:

—¡Qué! ¡Que llevas barba!

Me lo imaginaba comiendo sopa y con los fideos pegados en ella. Y llamé a Eva:

—¡Ah! ¡Que tú no me habías dicho que llevaba barba!

Y Eva:

—Pero tranquila, que lo puedes presentar en cualquier lugar, no es como esos de la ETA ni nada parecido.

Y sí, sí, lo primero que negociamos fue lo de la barba. Le pregunté:

—¿Esa barba es negociable?

JUAN:

¿Ves? Lo primero que quiso cambiarme.

ALICIA:

No, hombre, no. La verdad es que me costó acostumbrarme, ¿eh? Pasó un mes o dos hasta que se la quitó, pero llegué a plantearme: a ver si ahora se va a quitar la barba y va a estar peor. Porque igual le sentaba mejor que no llevarla. Así que cuando me dijo que se la iba a quitar le dije que no.

Y una mañana apareció sin ella, y dije: Ay, sí que me gusta sin barba. Y todo el mundo lo comentaba:

—Qué bien está sin barba, parece mucho más joven.

Claro, una barba hace más mayor. Y hasta los compañeros del trabajo le dicen que está más guapo.

JUAN:

Eso sí es importante. Me ha pasado con gente que no veía desde que estaba con mi ex, que me han preguntado:

—¿Qué te has hecho, que pareces más joven?

Yo decía:

—Me he quitado la barba.

Pero ellos insistían:

—No, no es solo la barba, no sé qué te has hecho, pero estás mucho mejor.

Yo creo que estar con alguien que te hace feliz se acaba transmitiendo.

ALICIA:

A mí también me ha pasado. Yo siempre me encuentro igual, pero la gente me dice que estoy mucho más guapa.

Y entonces pienso que estos de la agencia son increíbles. Yo quería un novio para navidades, lo tenía clarísimo. Hombre, no podría decirte una pareja, porque no sabes si esa persona que, en principio, te gusta, acabará siendo tu pareja o no, pero me apunté en diciembre, y mira.

JUAN:

Yo tampoco me esperaba que fuera a encontrarla tan pronto. Me apunté un mes antes que ella y creía que no sería fácil.

ALICIA:

Él no ha tenido tiempo de saber lo que significa estar solo.

JUAN:

¿No?

ALICIA:

No, Juan. Porque estabas con los trámites de la separación cuando me conociste. No has vivido lo mismo que yo. Y, al margen de que la relación de pareja que hayas tenido fuera buena o mala, tienes que decidir si quieres estar solo o no. En mi caso fue así. Yo supe lo que era la soledad durante dos años, y tenía muy claro que no quería seguir así. Tú no has probado eso, aunque aún no vivamos juntos. Sabes que hablamos por teléfono y que nos vemos cada fin de semana. Sabes que me tienes ahí. No te quedaste solo como me quedé yo.

No quería una pareja como la que había tenido, pero tenía que encontrar a alguien con quien poder ser feliz.

JUAN:

Yo estuve solo durante 24 años, el tiempo que duró mi matrimonio. Y me di cuenta de que no quería eso.

ALICIA:

Eso lo pensaste cuando me conociste a mí.

JUAN:

Sí.

ALICIA:

Pero no cuando te separaste.

JUAN:

No, porque hasta que no estás fuera no ves nada.

ALICIA:

Yo no creo que la soledad sea buena. Sé que hay personas, aunque muy pocas, que pueden vivir solas. Es muy difícil. Pero lo que dice él es verdad, la soledad en compañía es la peor de todas.

JUAN:

Al principio, dices: Bueno, estoy es lo que hay, me equivoqué, y tengo que aguantarme.

ALICIA:

Sí, te piensas que es para toda la vida, hasta que no puedes más y revientas.

JUAN:

El primer encuentro fue en su pueblo. Quedamos en la misma carretera, en la entrada.

ALICIA:

Pensé que se iba a liar si intentaba llegar hasta mi casa, así que no, quedamos en la entrada del pueblo. Pero nos dijimos qué coche teníamos cada uno para reconocernos. Me subí al coche esa mañana, y, ¡ay!, no me arrancaba. Tuve que irme con el de mi hermano, pasé por su lado, vi el suyo y le pregunté. Es lo que antes te decía, que después de hablar tanto con alguien, aun sin querer, te imaginas como es. Es inevitable. Y después no tiene nada que ver. No es que sea mejor ni peor, pero te sorprende.

Al principio estábamos un poco cortados, pero enseguida pasó. Nos fuimos a comer y todo fue muy bien. La verdad es que lo de hablar mucho por teléfono antes de conocer a la persona te permite decir las cosas muy claras desde el principio. O puede que llegues a una edad en la que te da igual lo que el otro piense y seas más sincera, no sé. Yo le dejé muy claro lo que no admitiría jamás, como una infidelidad o la intromisión de otras personas, como me pasó con mi ex suegra. Si de algo te sirve un divorcio es para saber lo que ya no quieres. Yo sabía por lo que no estaba dispuesta a pasar otra vez.

Y, desde luego, la comunicación es primordial. La que hay entre nosotros es muy buena. Yo pienso que nos entendemos muy bien. Si ha surgido algún problema ha sido con uno de nuestros hijos. Pero no entre nosotros, como pareja.

JUAN:

Yo tengo dos hijas. Y ella un chico y una niña. Cuando se juntan hacen piña. Entre ellos se llevan muy bien. Si se tienen que pelear con alguien lo hacen con nosotros, pero entre ellos nunca, al contrario, se defienden los unos a los otros. Se llaman por teléfono, se envían mensajes. Vamos, su hijo le deja el coche a mi hija mayor, y eso que es intocable.

Supongo que hasta se permitirán el lujo de criticarnos cuando no estamos delante.

ALICIA:

Como le digas algo a uno de ellos, los demás se tiran encima de ti. Aunque también puede haber algo de celos, sobre todo con la pequeña, que es la que pasa más tiempo con nosotros.

JUAN:

Es evidente que cuando vivamos en la casa que estamos construyendo habrá nuevos problemas a los que nos tendremos que enfrentar. Pero creo que en este año que llevamos juntos hemos tenido la oportunidad de comprobar que podremos hacerlo, ¿no?

ALICIA:

Voy a dar un paso muy importante. Dejaré mi trabajo, mi casa, mi pueblo, para venir hasta aquí a vivir contigo, y no pienso dejar que nadie controle mi vida, nuestras vidas. Eso ya lo viví con mi ex suegra y lo pasé muy mal. No quiero que pase ahora con tu hija.

JUAN:

Ya lo hemos hablado. Está todo controlado. No tienes por qué asustarte.

ALICIA:

Hay que tenerlo muy claro. Nosotros somos la pareja, nosotros tomamos las decisiones.

JUAN:

Y lo tenemos, ¿no? ¿Acaso no te lo he dicho, que estoy de acuerdo contigo?

ALICIA:

Supongo. Espero que sí.